

marcelino legido

**HOMBRES
DE
CRISTO
EN EL MUNDO**

MARCELINO LEGIDO LOPEZ

HOMBRES DE CRISTO

HOMBRES DE CRISTO EN EL MUNDO

El presente libro de MARCELINO LEGIDO LOPEZ
el autor el 28 de noviembre de 1961 sobre la misión
apostólica del universitario cristiano en el Planeta
(Madrid) en una reunión general de los decanos de
la Fundación Universitaria Oriol-Urquijo. Aparece
completada con algunas reflexiones teológicas sobre
la Iglesia y el mundo, necesarias para la mayor com-
prensión de su contenido.

HOMBRES DE CRISTO EN EL MUNDO

1961 SALAMANCA 1961

Fundación Universitaria Oriol-Urquijo

El presente trabajo es una ponencia presentada por el autor el 28 de noviembre de 1961 sobre la misión apostólica del universitario cristiano, en el Plantío (Madrid), en una reunión general de los becarios de la Fundación universitaria Oriol-Urquijo. Aparece completada con algunas reflexiones teológicas, sobre la Iglesia y el mundo, necesarias para la mejor comprensión de su contenido.

HOMBRES DE CRISTO
EN EL MUNDO

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Depósito Legal: S. 166 - 1961 N.º Registro SA. 155

EDICIONES ANAYA, S. A.—SALAMANCA

La existencia *A mis amigos de la Fundación*
universitaria Oriol-Urquijo.

El hombre existe en comunión vital con el mundo y los otros hombres. Se percata de su agotamiento cuando se ve afectado por la existencia comunitaria, pero que se resiste y se pleitea en ella. Esta conciencia es tan estrecha, que cuando el hombre quiere escapar su fundamento se ve que está dentro de sí mismo. En una vuelta, una reflexión desde la existencia mundana y social. Es más bien una contemplación, en cuanto que la posibilidad de su mundo, se le hace más patente al centrarse en él desde los hombres y las cosas. Al querer penetrar en la existencia personal cristiana nos encontramos con el mundo hecho. El cristiano solamente existe y puede ser conocido en el Cristo vivo, en la Iglesia.

No es posible desde la existencia personal, entender la existencia cristiana. Entre ellas hay

La existencia personal cristiana es y se entiende solamente desde la existencia comunitaria. El hombre existe en conexión radical con el mundo y los otros hombres. Su persona no se agota ni queda absorbida por la coexistencia comunitaria, sino que se realiza y se plenifica en ella. Esta conexión es tan estrecha, que cuando el hombre quiere conocer su fundamento tiene que entrar dentro de sí mismo. Es una vuelta, una reflexión desde la situación mundana y social. Es, más bien, una concentración, en cuanto que la posesión de su centro, ya tenida, se le hace más patente al centrarse en él desde los hombres y las cosas. Al querer penetrar en la existencia personal cristiana nos encontramos con el mismo hecho. El cristiano solamente existe y puede ser conocido en el Cristo total, en la Iglesia.

No es posible desde la existencia natural, entender la existencia cristiana. Entre ellas hay

una diferencia esencial, aunque estén hondamente compenetradas. Es que se trata de una "nueva creación". La transformación de la vida humana en Cristo ha sido radical. Lo viejo pasó, todo se ha renovado. "Si alguno es en Cristo, es una nueva creación"¹. Ya no importa ser judío ni griego, sabio o ignorante, pobre o rico, libre o esclavo. Todas las diferencias que en la vieja creación individualizaban a los hombres han sido penetradas, asumidas por el ser -en-Cristo². En esta nueva realidad ha nacido también un hombre nuevo. Ha habido un desvestimiento y revestimiento profundos, constitutivos. "Desvistiéndonos del hombre viejo, nos hemos revestido del hombre nuevo, hecho a la imagen del que nos creó"³. "Somos obra suya, creados en Cristo Jesús"⁴. A la nueva creación correspondía una nueva criatura. "La fundación de la Iglesia es la creación de un nuevo universo. En ella... se ha formado un hombre nuevo"⁵.

Esta vida nueva ha penetrado en muchos hombres, les ha regenerado, les ha recreado y al mismo tiempo les mantiene unidos con la Fuente de la regeneración. Se puede afirmar que viven, en cuanto "consisten en El". S. Pablo expresa esta realidad misteriosa llamando a los

¹ II Cor. 5, 17.

² Gal. 3, 29; 5, 6; 6, 15.

³ Col. 3, 9-10; Ef. 4, 4.

4.

⁴ Ef. 2, 10.

⁵ S. Gregorio Niseno, *In Cantic. Hom.* 13.

hombres nuevos “los que son en Cristo”. El ser en no es la situación local, sino el arraigo vital. Así todos estamos unidos en honda unidad, constituyendo una sola cosa. “Todos vosotros sois uno en Cristo”⁶. En el camino de Damasco, Pablo había tenido una extraña experiencia. Perseguía a los cristianos y Jesús le reprocha que le persigue a El⁷. Por eso se atreverá a llamar a la Iglesia Cristo⁸. Es Cristo mismo, con sus miembros el que constituye la nueva creación, el nuevo universo.

La Iglesia será una convocación de hombres, para incorporarse al Señor. Sin perder su consistencia personal, sino realizándola en plenitud, tendrán que vivir en un yo común, en una persona mística. Al cristiano sólo le queda la posibilidad auténtica de vivir en el Cristo total. En la medida que sea y viva la Iglesia, será personalidad cristiana. “Felicitémonos a nosotros mismos y seamos agradecidos —exclama San Agustín—; se nos ha hecho llegar a ser no sólo cristianos, sino Cristo mismo. ¿Os dais cuenta, hermanos, comprendéis lo que Dios nos ha hecho? Es para que os llenéis de admiración y de alegría. Se nos ha hecho llegar a ser Cristo mismo. Porque si El es la cabeza y nosotros los miembros, todo el hombre es El y nosotros”⁹.

⁶ Gal. 3, 28-29.

⁷ Hech. 9, 4-5.

⁸ I Cor. 12, 13.

⁹ In Ioan. 21, 8.

I. DESDE EL CRISTO TOTAL

La conciencia personal crística hay que re-
construirla desde la existencia esencial. Por eso es
necesario determinarla en sí misma para alcanzar una
verdadera unidad. El hecho que constituye su
existencia es la fe en que Cristo-Padre ha com-
partido a sí mismo que habita en Dios en sí.

El mismo hecho que constituye su existencia
es el amor con el que compartió a sí mismo la vida y los
sufrimientos. "Ya voy la vida, voluntad los sufrimen-
tos. El que permanece en mí, y yo en él, voy
de mucho fruto, porque sin mí no puede hacer
nada"¹. Una vez más retorno a América para
expresar una realidad universal: Jesús que
tradujo a cualquier humano un hecho salvador.
En Cristo se había descubierto yo. El y
El se descubren amorosamente en nosotros de-
pendiendo uno del otro. Vida no es amor eterno, sino
movimiento infinito. Como la vida desde la coga

¹ S. Agustín de Hippo, *Enchiridion*,
XVI, Cap. 11, 2.

² Juan, 15, 16.
³ Juan, 1, 25, 12-13.

La existencia personal cristiana hay que penetrarla desde la existencia eclesial. Por eso es necesario detenernos en ésta para alcanzar más hondamente aquella. El hecho que habíamos vislumbrado en la fe es que Cristo "nos ha incorporado a sí, para que fuéramos Cristo en El"¹⁰.

El mismo Señor, cuando quiso significar nuestra unión con El, la comparó a la de la vid y los sarmientos. "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en El, ese da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada"¹¹. Una vez más recurre a imágenes para expresar sus realidades misteriosas. Había que traducir a lenguaje humano un hecho sobrehumano. Su Padre se había desbordado en El y El se desbordaba amorosamente en nosotros dándonos vida¹². Vida no es fuerza externa, sino movimiento interior. Como la savia desde la cepa

¹⁰ S. Agustín. *In Psalm*
XXVI. *Enarr.* II, 2.

¹¹ *Juan*, 15, 15.

¹² *Juan* 5, 26; 15, 9.

vivifica los sarmientos, así su vida nacida del Padre, anima nuestras personas, las hace vivir, ver, amar, fructificar. La condición, única es la permanencia en El.

Esta va a ser la experiencia cristiana. Juan, Pedro y Pablo intentarán penetrar esta realidad, al tiempo que estaban inmersos en ella. Desde los primeros días que sucedieron a Pentecostés veían admirados cómo la existencia de Cristo iba transformando a los hombres y apretándoles en estrecha unidad. "Cada día iba incorporando el Señor a los que habían de ser salvos"¹³. Ante esta pequeña "ecclesia", que tenía un solo corazón y un alma, sola aprendieron mejor y vieron más lejos en las sencillas palabras del Señor. Y queriendo declarar a los mismos cristianos lo que era aquella realidad, dirán que es el "pueblo de Dios", su "templo", la "esposa" y el "cuerpo de Cristo". Aspectos distintos de la vida misteriosa de la pequeña grey, que se complementan y se alumbran.

Pueblo de Dios

Israel era una obra grande de Dios. Entre los pueblos había escogido para sí una porción, una familia. Con ella había hecho un pacto, el testamento de la predilección. El había de ser su Dios y ellos habían de ser su pueblo. Todavía

¹³ Hech. 2, 47.

más, El había de ser su padre y ellos habían de ser sus hijos. "Tu eres nuestro Padre, Señor —dirá Isaías— y nosotros somos la arcilla, la obra de tus manos... todos somos tu pueblo, la ciudad de tu santificación"¹⁴. Toda la historia de Israel es un anhelante adviento, que pende de la promesa hecha a Abraham y a su descendencia. Esta es única, Cristo¹⁵. Pero Israel no aceptó la realización de la promesa, y la plenitud de vida que encerraba pasará a un nuevo Israel, el "Israel de Dios"¹⁶. No hay ya judío, ni griego... porque todos sois uno en Cristo y si todos sois uno en Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa"¹⁷. A nosotros ha pasado la herencia de predilección y de gloria, en nosotros se ha congregado la familia de Dios, presidida por el hermano mayor, su Hijo. "Ved que amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos"¹⁸.

Templo

S. Pablo ve así en la Iglesia una gran ciudad, una gran familia. Ha desaparecido el muro de la separación. Los que estaban lejos y los que estaban cerca se han abrazado en la paz de su sangre y todos en un solo hombre nos acercamos al Padre en un mismo Espíritu. Ahora so-

¹⁴ *Is.* 64, 67.

¹⁵ *Gal.* 3, 16.

¹⁶ *Gal.* 6, 16.

¹⁷ *Gal.* 3, 28-9.

¹⁸ *I Juan,* 3, 1.

mos todos “familiares de la casa de Dios”. La ciudad, la familia, la casa es templo. Ya no estará el templo en medio de nosotros para congregarnos hacia el Padre, sino que nosotros mismos congregados seremos templo vivo. El Señor es la piedra angular. Sobre ella, que da consistencia y vida a toda la edificación, están edificados los profetas y los apóstoles —piedras fundamentales de las dos alianzas— y sobre ellas nosotros. “Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús, en quien bien trabada se alza toda la edificación para templo santo en el Señor... para morada de Dios en el Espíritu”¹⁹. La Iglesia es casa espiritual, penetrada por el Espíritu, que lanza a todas las piedras vivas a la gran liturgia de Jesucristo al Padre, puesto que todas viven de su sacerdocio santo²⁰. Tanta compenetración existe en este culto admirable que S. Juan afirma: “Yo no ví ningún templo en ella; pues el Señor Dios todopoderoso y su Cordero son su templo”²¹. Así será la Jerusalén celestial. El templo estará inundado de la vida íntima de Dios, porque El será “todo en todos”.

Esposa

Sin embargo una edificación no es la imagen más perfecta de unidad en nuestra tierra, aun-

¹⁹ Ef. 2, 20-21.

²¹ Apoc. 21, 22.

²⁰ I Petr. 2, 4-6.

que las piedras sean vivas. Ya el Señor había comparado su reino a vírgenes que salen al encuentro del Esposo²², pero es sobre todo el Apóstol el que desarrolla esta comparación. La entrega mútua de esposa y esposo, su unión en una sola carne, es un reflejo del "sacramento grande", del desposorio de Cristo y la Iglesia. Es la unión mas íntima y más fecunda. S. Pablo recuerda la unidad en la carne de que habla el Génesis y se atreve a decir que ésta es sólo figura de la unión mas transformante entre Cristo y la Iglesia. Todo el grandioso pasaje de la carta a los Efesios está articulado por una realidad. "Cristo amó a la Iglesia y se entregó a ella para santificarla... para presentársela gloriosa... santa, intachable"²³. La amó y se dio a ella. Después de la donación de su sangre continuará alimentándola, porque es "su propia carne". Así la Iglesia, por esta inefable unión con Cristo, adquiere toda su fecundidad de Esposa y Madre. En estrecho contacto con El por los signos sacramentales, "engendra, hasta que Cristo engendrado se forme en nosotros, para que cada uno de los santos, por participar de Cristo, se haga Cristo"²⁴.

Cuerpo místico

Pero para declarar nuestra unión con el Se-

²² Mat. 25. 1.

²³ Ef. 5, 22 ss.

²⁴ S. Metodios. *Conv.*

dec. virg. 8, 8.

ñor, el Apóstol prefiere la comparación del cuerpo. "Porque así como siendo el cuerpo uno, tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo con ser muchos, son un cuerpo único, así también es Cristo. "El es la Cabeza"...

"El es la cabeza del Cuerpo de la Iglesia"²⁵. El la *empezó* con su predicación, cuando comenzó a reunir la "pequeña grey" y a enseñarle las palabras que había oído de su Padre; cuando les envió a los confines de la tierra para publicar estas mismas palabras; cuando les dio, instituyéndoles, los medios de santificación para que estas palabras fueran vida, que saltara hasta la vida eterna. El la *consumó* en su sangre. Como nueva Eva salió de su costado abierto, porque "en el madero de la Cruz adquirió para sí a su Iglesia, a todos los miembros de su Cuerpo místico"²⁶. El, por fin, la *promulgó* enviando en Pentecostés el fuego de su Espíritu. Por eso la Iglesia es suya y El es su Cabeza.

Como la cabeza en el cuerpo natural, también El es lo más excelente de su cuerpo. El la *preside*. Primogénito de todas las criaturas²⁷, entre Dios y los hombres²⁸, está entre el cielo y la tierra, como Pontífice reconciliador, que une lo más alto con lo más profundo, el amor paternal de

²⁵ Col. 1, 18.

²⁶ Pío XII. *Mystici Corporis Christi*, n. 12.
Col. Encicl. y Docum.

pontificios, Madrid, 1955, 710.

²⁷ Col. 1, 15-16.

²⁸ I Tim. 2, 5.

Dios y nuestro pecado. Como Cabeza, nos influye, *nos vivifica*. "En El estaba la vida", El estaba "lleno de gracia y de verdad" y "de su plenitud hemos recibido todos"²⁹. Pero esta vida es también luz. Al vivificarnos nos ha iluminado. El Dios que habitaba una luz inaccesible nos ha alumbrado en la faz de su Hijo y en El hemos descubierto el amor, la entrega y los mandatos del Padre. Como Cabeza, nos gobierna. El se llamó Pastor e incluso Camino. No sólo guía, sino que nos ofrece sus propias huellas, para caminar. Su gobierno es arcano y profundo en nosotros. Ilustra el entendimiento y fortalece la voluntad para recorrer "su camino". Pero además nos gobierna visible y ordinariamente por sus vicarios, el Papa y los obispos, transparencias visibles de la única Cabeza, del único Pastor. De esta *eminencia, gobierno e influjo* nace la Iglesia, su Cuerpo. "Vosotros sois el Cuerpo de Cristo"³⁰.

La Iglesia está vista ahora en la unidad orgánica del cuerpo. Son ciertamente muchos los hombres que viven la vida de Cristo y la viven de manera distinta. Hasta por estas diferencias de dones y carismas hay peligro de escisiones en la comunidad de Corinto. S. Pablo les advierte que todos ellos constituyen una unidad orgánica, que la vida y los dones de Cristo nacen de

²⁹ Juan, 1, 4, 14, 16.

³⁰ I Cor. 12, 27.

“un único y mismo Espíritu, que reparte a cada uno según quiere”³¹. Además existe entre todos una mutua necesidad, que refiere unos a otros para poder realizar en plenitud la vida cristiana, comunitaria y personal. Con toda razón se puede decir, pues, que el Cristo total es un cuerpo. “Sólo hay un cuerpo y un Espíritu”³². Una cabeza, un cuerpo, un alma, un pan.

“Todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo”³³. Cuando el Señor muere en la Cruz, sus llagas rompen su cuerpo, sagrario del Espíritu Santo. Y con su sangre, se derrama también “su” Espíritu a los hombres. Ambos llegan a nosotros y nos penetran en el bautismo. Así renacemos y entramos en la misma Vida del Señor “Lo que es el alma para el cuerpo del hombre, dirá San Agustín, esto es el Espíritu Santo para el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia”³⁴. El está en nosotros vivificándonos y uniéndonos con los otros miembros. “Con su celestial hálito de vida ha de ser considerado como el principio de toda acción vital y saludable en todas las partes del Cuerpo místico”³⁵. El es el alma de la Iglesia.

Por el Bautismo estamos ya incorporados a Cristo, penetrados de su Espíritu. Pero la unión

³¹ I Cor. 12, 11.

³² Ef. 4, 4.

³³ I Cor. 12, 13.

³⁴ Serm. 257.

³⁵ *Myst. Corp. Christi*, n. 26, 1, c. 719.

está llamada a estrecharse más, a consumarse en unidad. El bautismo se ordena, pues, a la Eucaristía. "El que me come vive por mí", había dicho el Señor³⁶. En su pan nos transformamos más en el que ya somos. S. Pablo ve aquí la gran fuente vital de la unidad. El cáliz de bendición que bendecimos es la sangre de Cristo y el pan que partimos la comunión de su cuerpo. Entonces, "porque hay un único pan, somos todos un cuerpo, los que participamos de un solo pan"³⁷. Cada comunicante entra en unión de vida con Cristo. Y esta unidad vertical lleva necesariamente consigo la horizontal. Todos los comunicantes en el pan, comunican también entre sí para formar un solo cuerpo. "La Eucaristía es el sacramento por el cual se asocia la Iglesia en este tiempo"³⁸. Y santo Tomás asegura que la "realidad" (res) de este sacramento es la unidad del Cuerpo místico, sin la cual no puede haber salud"³⁹.

Ahora hemos penetrado más de cerca la unión que existe entre Cristo y nosotros en la Iglesia. Somos la familia de hermanos presididos por el Hermano mayor; constituimos el Israel de Dios. Somos el templo de piedras vivas edificado sobre la piedra angular, Cristo, con el cual estrechamente unidos crecemos en edifica-

³⁶ *Juan*, 6, 57.

Faust., 1, 12, 20.

³⁷ *I Cor.* 10, 17.

³⁹ *Sum. Teol.*, 3, q.

³⁸ S. Agustín. *Contra*

73, a. 3.

ción, santa en el Espíritu hasta el Padre. Formamos la Esposa amada del Señor, rescatada con su sangre, alimentada con su vida, enriquecida con sus dones. Y sobre todo somos los miembros de su Cuerpo, porque constituimos con El el Cristo Total. "Los cristianos mismos con su Cabeza... son un solo Cristo. No es Aquel uno y nosotros muchos, somos uno en El. Un solo hombre, pues, Cristo, Cabeza y Cuerpo"⁴⁰.

Este es el gran misterio de la existencia cristiana. En él se enraiza y de él vive. Solo desde el Cristo eclesial, comprendemos el Cristo personal, Cristo en nosotros. Nuestra unión de ser y de empresa serán solo una proyección de la pervivencia de Cristo en su Iglesia. "La Cabeza mística, que es Cristo y la Iglesia que en esta tierra hace sus veces, como un segundo Cristo, constituyen un solo hombre nuevo, en el que se juntan cielo y tierra para perpetuar la obra salvífica de la Cruz; este hombre nuevo es Cristo, Cabeza y Cuerpo, el Cristo íntegro"⁴¹.

⁴⁰ S. Agustín. *In Psalm. Enar.* 127, 3.

⁴¹ *Myst. Corp. Christi.*, n. 34; l. c. 727.

II. HOMBRES EN CRISTO

La existencia del hombre cristiano, vista en la perspectiva que acabamos de alcanzar, es profundamente misteriosa. Si decimos que es cuerpo y alma unidos en unidad substancial, no hemos tocado aún su propia figura. Ciertamente es, como todo hombre, síntesis del universo, abrazo de la materia y del espíritu, intimidad personal abierta a la comunicación con la Transcendencia y con los demás hombres. Pero de toda esta grandeza S. Pablo dirá que es "carne" y la distinguirá radicalmente de la existencia "en el espíritu". El cristiano es hombre penetrado por el Espíritu de Cristo, que "habita" en El y "obra" por El⁴². De ello resulta verdaderamente que Cristo está en nosotros.

Transformación por la gracia

En El "habita la plenitud de la divinidad corporalmente"⁴³. Nuestra naturaleza ha sido asu-

⁴² Rom. 8, 9-14.

⁴³ Col. 1, 9.

mida y vivida por su "Yo" divino. Pero de éste desposorio hipostático se ha desbordado en su humanidad toda gracia. "Le hemos visto lleno de gracia y de verdad" —exclama S. Juan— y después añade "de su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia"⁴⁴; "en El hemos sido plenificados"⁴⁵. Esta es la obra de su Espíritu, que anima su Cuerpo místico: traspasar su vida a la nuestra, de modo que "tengamos parte" creada en ella y nos hagamos "consortes de la divina naturaleza"⁴⁶.

Por la donación eficiente del Espíritu ha surgido en nosotros la forma de Cristo⁴⁷. No es que El se haya unido sustancialmente con nosotros borrando los límites de nuestra persona, ni tampoco actúa a distancia, manejándonos como si fuéramos cosas. Hay una posibilidad más grandiosa: respetando nuestra persona, dárse nos íntimamente y hacer surgir en nosotros con energía creadora su imagen. Así no le vivimos ya desde fuera, como objeto de amor y de conocimiento, sino que vivimos en El desde dentro, como forma y principio vital. Si solo le siguiéramos con un amor iluminado, no habría penetrado en el centro de nuestra persona. Pero Sto. Tomás se atreve a decir que es la sustancia del alma, en cuanto es espíritu, donde

⁴⁴ *Juan*, 1, 14, 16.

⁴⁵ *Col.* 1, 9.

⁴⁶ *II Petr.*, 1, 4.

⁴⁷ *Myst. Corp. Christi*, n. 25, p. 719.

arraiga la gracia. Por consiguiente es la raíz personal, el santuario espiritual nuestro el que ha recibido la vida de Cristo⁴⁸. Poco importa que sea una participación accidental, como teológicamente se expresa con precisión. Lo importante es que esta participación es más perfecta, más noble que el vaso de barro que la ha recibido, y que ahora se encuentra transformado. Ha habido en el lenguaje de S. Pablo una "nueva creación". Porque no ha sido la fuerza de la harina, la que ha hecho brotar la vida nueva, sino el poder de la levadura, la dynamis de Cristo. la que nos "ha renovado en el espíritu de nuestra mente"⁴⁹. Penetrando en el fundamento de nuestra persona las energías de la gracia, han configurado sus energías humanas. Esta configuración la completan las "virtudes", las fuerzas de la gracia. La fe penetra nuestro conocimiento con el pensar de Cristo y la caridad nuestra voluntad con su amor⁵⁰. Hemos sido, pues, "creados en Cristo Jesús"⁵¹.

Cristo vive dentro de nosotros y se ha convertido en nuestra figura y en nuestro destino. "Para mí vivir es Cristo"⁵². ¿No será que la existencia cristiana encierra la más terrible de las alienaciones? ¿No seremos unos posesos, expul-

⁴⁸ *Sum. Teol.* 1-2, q. 110, a. 4, a. 3.

⁴⁹ *Conc. Trid.* s. VI, c. 7, D. 799, *Sum. Teol.* 1-2, q. 110, a. 3.

⁵⁰ D. 800, *Mys. Corp.* n. 32; *Sum. Teol.*, 1-2, q. 110, a. 4.

⁵¹ *Ef.*, 2, 9.

⁵² *Fil.* 1, 21.

sados de nosotros mismos, condenados a vivir en nombre y por cuenta de "otro"? Esta es la palabra que nos descubre un poco más de cerca el misterio cristiano. Cristo no es "el otro" que desplaza y aliena. No penetra en nosotros con violencia, para desposeernos de nosotros mismos. Solo se da cuando nos abrimos a El en amorosa libertad; y lo hace para hacernos a nosotros mismos. En unión íntima con El, viviendo en El y desde El, adquirimos nuestra propia mismidad. Entonces es cuando verdaderamente vivimos nosotros, pero ya no somos nosotros, es Cristo quien vive en nosotros⁵³. La comunicación más honda, que se da en esta transformación es la más liberadora, la más autoconformante, la más plenificante. Por ella se llega al varón perfecto en la medida de la plenitud de Cristo.

Filiación adoptiva

Necesitamos todavía ahondar más en las huellas de la configuración cristiana. Por la gracia el hombre se convierte en hijo adoptivo de Dios. Es ésta la realidad primera de la persona de Cristo, su condición de Hijo. Y ésta es también huella configuradora de la persona del cristiano. Hay un "paso al estado de gracia y de adopción de los hijos"⁵⁴. Se nos comunica el espíritu, por

⁵³ Gal. 2, 20.

c. 4, D. 796.

⁵⁴ Conc. Trid. s. VI,

“el que podemos llamar a Dios padre”⁵⁵, por el que somos hijos de Dios de verdad. “Y si hijos, también herederos”, lanzados con el Hermano mayor en el mismo Espíritu a la gran herencia, el seno del Padre.

Entre nuestro encuentro primero con el Señor y el segundo a la hora de la muerte, está el camino terrestre, el estado de viandantes. *En él tenemos que compartir su vida y su destino de cara al Padre y a los hombres. Vivir escondidos con El en Dios y entregados a nuestros hermanos para que tengan vida abundante. Esta no es tarea accidental, sino despliegue, esencia de la existencia misma del hombre cristiano.* Esta se desarrolla mediando entre Dios y los hombres. Pero para poder precisar todavía más el fundamento de estas exigencias, necesitamos penetrar más en la configuración cristiana.

No sólo se graba en “el hombre de Cristo” su filiación, sino también su destino histórico, especialmente los dos momentos centrales de su vida, su muerte y su resurrección. El bautismo no es más que la introducción del cristiano en este misterio. S. Pablo vio en la inmersión bautismal una representación visible de la muerte y resurrección del cristiano en unión con Cristo. “Con El hemos sido sepultados por el bautismo para participar en su muerte, para que como El

⁵⁵ Rom. 8, 15.

resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también, nosotros vivamos vida nueva. Haced cuenta de que estáis muertos para el pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús"⁵⁶. Esta es la entraña de la teología bautismal. "Por el bautismo el hombre se configura con la pasión y resurrección de Cristo, en cuanto muere al pecado y comienza la vida nueva de la justicia"⁵⁷. Estábamos "muertos en el pecado", pero en las aguas bautismales nos ha tocado la virtud de la muerte y resurrección de Cristo. Así hemos "muerto al pecado". La aversión al Padre ha sido poderosamente trocada, la esclavitud liberada, al ser introducidos en la dinámica de amor y entrega de Cristo al Padre. Y esta vida "ad Patrem" en la donación del amor y en la liberación del pecado es ya resurrección y simiente de la resurrección futura, donde seremos transformados de gracia en gloria para gozar por siempre de la intimidad de Dios.

Carácter bautismal

El bautismo no sólo nos introduce en esta dinámica vertical, sino también en otra horizontal: la obra de salvación de los hombres realizada por Cristo. Este hecho lo vemos con mayor claridad si nos detenemos un momento a considerar el carácter bautismal. Por él queda el cris-

⁵⁶ Rom. 6, 4, 11.

⁵⁷ Sum. Teol. 3, q.

66, a. 2.

tiano insertado en la dinámica de la mediación, "puede recibir y dar las cosas que se refieren al culto de Dios". "Pues todo el rito de la religión cristiana se deriva del sacerdocio de Cristo. Y de aquí es manifiesto, que el carácter sacramental es especialmente el carácter de Cristo, en cuyo sacerdocio se configuran los fieles, según los caracteres sacramentales, que no son otra cosa que ciertas participaciones del sacerdocio de Cristo"⁵⁸. En el bautismo al alcanzarnos y penetrarnos el acto medidor de Cristo, nos graba también un poder mediador, un cierto sacerdocio, por el cual podemos ofrecer el mismo Sacrificio de la cruz con el sacerdocio jerárquico⁵⁹ y nos vemos obligados a difundir entre los hombres su redención, en virtud precisamente de la responsabilidad de mediación. El cristiano no podrá pues limitarse a vivir como un resucitado en la libertad del pecado y el acceso filial al Padre. Tiene que buscar de alguna manera, en un grado u otro, la expansión de esta participación, de la muerte y resurrección de Cristo en los demás. No sólo debe participar en el Misterio Pascual, sino que debe salir a los caminos para traer invitados a la mesa del banquete sacrificial del Cordero, para morir y vivir con El, para heredar con El la gloria del Padre. Vemos, pues, cómo el apostolado nace, como exigencia

⁵⁸ *Sum. Teol.* 3, q. 63, a. 3.

⁵⁹ *Mediator Dei*, n. 23-24, *Col. Encil.* 780

necesaria del carácter bautismal, de la incorporación al Cristo total por el lavado de la regeneración en El.

Carácter confirmal

Otra acción sacramental viene a ahondar más la configuración. Es nuestro Pentecostés la acción del Espíritu, que recibimos en la confirmación. Aun después de la muerte y la resurrección del Señor los apóstoles no le habían comprendido de lleno. Todavía no podían llevar sus palabras, pero El les prometió el Espíritu que les había de guiar a la verdad entera. Tomará de lo suyo y se lo dará a conocer⁶⁰. Y efectivamente, fueron "revestidos del poder de lo alto"⁶¹. El Espíritu les adentró más en el misterio de Cristo y les configuró más con El. Porque le conocieron y le amaron hondamente tendrán que ser sus "testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra"⁶².

Pentecostés se presencializa en nuestra confirmación, "viniendo el Espíritu sobre nosotros"⁶³. Si el bautismo fue la iniciación, la regeneración, el nacimiento al misterio de Cristo, la confirmación es el crecimiento, la maduración, la consumación. El óleo confirmal es "para la perfección

⁶⁰ Juan, 16, 12-5.

⁶¹ Luc. 24, 49.

⁶² Hech. 1, 8.

⁶³ Ritual de la Confirmación.

en Cristo”, dice S. Cirilo de Alejandría⁶⁴. El descenso del Espíritu, invocado incesantemente en el ritual del sacramento, es un “charisma Christi”⁶⁵ dado para la madurez en El, de modo que ya no tengamos la inconstancia y debilidad infantiles, sino que “hechos participantes del don del Santo Espíritu y fortalecidos con su sello, permanezcamos estables e incommovibles en Cristo”⁶⁶. Junto con esta madurez el carácter confirmal capacita y obliga al testimonio público de Cristo⁶⁷. La madurez impulsa a la comunicación. La unción del Espíritu refuerza en nosotros la misión mediadora, de modo que estamos obligados al trabajo apostólico “ex officio”. La condición de apóstol, brota necesariamente también de la condición de confirmado, de ungido. “Por la Confirmación, en efecto, se nos constituye en soldados de Cristo. Ahora bien; ¿quién no ve que el soldado debe fatigarse y combatir, no tanto en su provecho cuanto en provecho de los demás?”⁶⁸.

En el amor

Vemos, pues, cómo la existencia cristiana está plenamente configurada por la persona y el

⁶⁴ *In Ioan. comm.* 2, 1.

⁶⁵ Cirilo de Jerusalén. *Catechesis*, 21, 3.

⁶⁶ Cfr. *Sacramentum Serapionis*, 25.

⁶⁷ *Sum. Teol.* 3, q. 72, a. 5.

⁶⁸ Pío XI. *Ex officiosis litteris*, n. 4. *Col. Encicl.* p. 1107.

destino de Cristo. El cristiano en El y con El se entrega al Padre y a los hombres. Este doble movimiento de entrega, nace de un doble movimiento de amor. El Padre y los hombres eran los dos grandes amores, las dos grandes preocupaciones del Señor. Mejor diríamos que fue un único amor, una sola preocupación: Amaba al Padre y por amor suyo amaba y se entregaba a los hombres. Pasó haciendo bien. Predicó, consoló, curó, perdonó, murió. "Me amó y se entregó a la muerte por mí"⁶⁹. Y todo esto lo hizo por amor al Padre, para llevar a El los hijos perdidos, para hacer de los hijos de ira, hijos adoptivos. En la Cruz, sangrando, con los brazos levantados para orar y abrazar, pide perdón al Padre por nosotros sus hermanos. Esta es la imagen viva de la vida del Señor. Entre el cielo y la tierra, volviendo al Padre y mediando entre los hombres para que volvieran con El. Y todo articulado por su gran amor. Esta es la esencia del cristianismo, la persona de Cristo con su amor. Esta es también la vida del cristiano. Penetrado por la gracia, configurado por el carácter bautismal y confirmal es otro Cristo, un "hombre -en- Cristo". Poseído de su amor es un hijo entregado al Padre y a sus hermanos, para que estos se asocien a la gran Familia, presidida por el Hermano mayor.

⁶⁹ Gal. 2, 20.

III. *HOMBRES EN EL MUNDO*

Conocemos ya la existencia cristiana. Pero tratándose del seglar esta configuración y vida de Cristo en nosotros está cualificada por la situación en el mundo. No es que al seglar haya que definirlo desde las realidades mundanas. Como cristianos su única figura es Cristo. Pero la configuración tiene en cuenta la conexión mundana del hombre y la asume y la consagra. Todavía más, el mundo como marco de la existencia humana es tomado tan seriamente por Cristo, que habrá cristianos con una misión específica en él. De ahí que la configuración cristiana del seglar nos conduce a su situación mundana.

“Kosmos” en el *Nuevo Testamento* es un término con extraña significación. San Juan en el comienzo de su Evangelio lo usa con sentidos a primera vista contradictorios. “El mundo fue hecho por El y el mundo no le conoció”⁷⁰. El

⁷⁰ Juan, 1, 10.

mundo fue obra del Verbo, pero es también su gran enemigo cuando éste se encarna. Hasta el punto que Jesús en la hora de encomendar a los suyos al Padre en su última Pascua, no le pide por el mundo. El los ha tomado del mundo y ahora les deja otra vez en él.⁷¹ Se sienten extraños, porque ya no le pertenecen, aunque están atados a él, por ser la tierra de su misión.

Mundo creado

El sencillo relato del *Génesis*, nos descubre una gran donación de Dios. Eternamente, en su seno, el Padre se había dado hasta el extremo a su Hijo. Pronunció su Palabra, su Verbo. Así engendró el Esplendor de su gloria, la Figura de su sustancia. Al abrazarse los dos en el abrazo de la más profunda unidad, fueron atados por su aliento común, el Espíritu Santo. La vida de Dios es, pues, eterna y sustancial comunión de amor. Pero en el tiempo ha habido otra gran donación. Esta vez ha salido del seno de la Trinidad. Ha sido obra de los Tres. "En el principio creó Dios el cielo y la tierra"⁷². Han querido hacer partícipes a otros seres de su comunión de amor y se han desbordado en ellos para que retornen después en alabanza de gloria.

El mundo ha surgido, como don libre de Dios. La luz y el firmamento de los cielos, la

⁷¹ Juan, 17, 9 ss.

⁷² Gen. 1, 1.

tierra fecunda, el mar y los animales de todas las especies fueron eco de su palabra creadora. Sin embargo, su gran obra fue el hombre. Todas las cosas del universo eran buenas a los ojos de Dios, pero el hombre debía ser más que un reflejo de su bondad, debía ser "su imagen y semejanza"⁷³. Le hizo "poco menor que los ángeles, le coronó de gloria y honor"⁷⁴. Este es el mundo creado por la amorosa donación de Dios, para que constituya el coro de alabanza a Yavé, cuya "gloria sobrepasa la tierra y los cielos"⁷⁵.

"El mundo fue hecho por El". Este cosmos tiene la huella del Verbo. Ciertamente es obra de los Tres, pero la Sagrada Escritura nos descubre esta signación del mundo por el Verbo. "Todo ha sido hecho por El y sin El no se ha hecho nada; lo que se ha hecho era vida en El"⁷⁶. "Todas las cosas han sido creadas por El y para El; El es antes que todas y todas tienen en El su consistencia"⁷⁷. El Verbo es la "imagen del Dios invisible" y por eso es el paradigma de todas las imágenes participadas, grabadas en el mundo; El es la Palabra, en la cual pronuncia y llama el Padre a todas las criaturas; El es el Hijo amado, en el que ama el Padre a todo lo que ha sido configurado de alguna manera por

⁷³ *Gen.* 1, 26.

⁷⁴ *Ps.* 8, 5.

⁷⁵ *Ps.* 148, 13.

⁷⁶ *Juan.* 1, 3-4.

⁷⁷ *Col.* 1, 16-17.

El. Es la Vida, en la cual son vida todos los seres, sacados de la nada al ser⁷⁸.

La huella que acabamos de descubrir, no es la misma en todas las cosas. La teología ha distinguido entre “vestigium” e “imago”. El relato mismo del *Génesis* nos lo declara. Los seres todos contienen en su entraña misma el vestigio de Dios. S. Buenaventura le verá en su unidad, verdad y bondad⁷⁹. Sto. Tomás en el ser y la vida⁸⁰. Pero la imagen sobrepasa al vestigio, por la presencia en ella del espíritu. La semejanza aumenta, porque entre Dios y el hombre, puede surgir el encuentro del conocimiento y del amor. Su creación ha sido una vocación. Dios ha llamado a un “tu”, para entrar con él en diálogo paternal. Resulta entonces que el hombre se ha convertido en señor, representante y portavoz de las cosas. “Henchid la tierra, sometedla, dominad...”⁸¹. Es el encargo de Dios en el día primero de la presencia del hombre en el mundo. “Le has dado potestad sobre las obras de tus manos, lo has puesto todo debajo de sus pies”⁸². Todas las criaturas tienden al hombre y por el hombre a Dios. El es la corona de la creación, el lugar donde todas las cosas pueden dialogar con Dios, aceptarle o rechazarle. Su desti-

⁷⁸ S. Agustín. *In Ioan.*
I, 17.

⁷⁹ *Breviloquium.* II,
12, 3.

⁸⁰ *Sum. Teol.* I, q.
93, a. 2.

⁸¹ *Gen.* I, 28.

⁸² *Ps.* 8, 6.

no está de tal manera ligado al del hombre, que con él caen y se levantan, son glorificadas o reprobadas. Y el hombre, por su parte, ha recibido las cosas, como dominio y como tarea. Por ser imagen y semejanza de Dios, está puesto "para dominar"⁸³, para llevar las cosas a su plenitud, porque su dominio debe ser al estilo del de Dios. Volveremos después sobre ello.

Mundo escindido

De la estrecha conexión del cosmos al hombre, nace la posibilidad, de que en aquél se produzca una escisión. Es aquí donde se nos descubre la "otra" realidad mundana, de que nos habla S. Juan. "Los suyos no le recibieron", "el mundo no le conoció"⁸⁴. Son dos expresiones paralelas: el mundo es la casa de los suyos. De la conducta de los suyos va a depender la suerte de la casa. El hombre por ser imagen, refleja en sí la libertad de Dios. Es semejanza lejana, pero le permite al hombre, de un modo misterioso, amar o rechazar, afirmar o negar a Dios. A cualquiera de las dos actitudes le seguirán las cosas. Resulta, pues, que el amor es el que va a escindir la realidad cósmica primera, recién salida de las manos de Dios. "Dos amores hicieron dos ciudades: la terrena la hizo el amor de sí hasta el desprecio de Dios, la Celestial el

⁸³ Gen. 1, 26.

⁸⁴ Juan, 1, 10-11.

amor de Dios hasta el desprecio de sí"⁸⁵. La "civitas Dei" y la "civitas terrena" son el eco de los dos mundos de S. Juan.

El hombre al no aceptar a Dios, con sus proyectos y sus órdenes, y al amarse a sí y al mundo, constituye una nueva realidad mundana. Los que aman al mundo, son mundo, porque habitan donde aman⁸⁶. Pero esta aversión de Dios y conversión a sí no es un simple acontecimiento personal. Al cerrarse a Dios, el hombre cierra el camino hacia El a las cosas, que tenían que alcanzarle, pasando por él. Entonces el pecado es un hecho de consecuencias cósmicas. El mundo ha caído, al caer su señor; se ha apartado de Dios, porque su camino se ha convertido en meta. Así queda deformada la huella primera, el vestigio que estaba configurando a las cosas, lanzándolas a Dios por el hombre. Ahora están sometidas a servidumbre. Es verdad que antes servían, pero en el servicio libre, como el que hacía su señor que era hijo de Dios. Ahora la servidumbre esclaviza, porque el propio dueño es esclavo del pecado. El hombre por su parte está también deformado y al encontrarse con las cosas, ya no encuentra la escala hacia Dios, sino el lugar del señorío, donde procura satisfacer en vano los deseos de su corazón⁸⁷. De este modo

⁸⁵ S. Agustín. *De civ. Dei* 14, 18.

⁸⁶ S. Agustín. *In Ioan.* 2, 11.

⁸⁷ *Rom.* 1, 24 ss.

surgen las instituciones, los ambientes, las sociedades, la cultura, la técnica que esclavizan al hombre, que no son un camino para Dios. Es que el hombre las ha centrado en sí y al no ser él camino a Dios para las cosas, ellas se niegan a serlo para él. Estas son las realidades que constituyen el otro mundo, las que escinden la unidad originaria.

Mundo redimido

“El Verbo se ha hecho carne y ha puesto su tienda entre nosotros”⁸⁸. Por este descenso la Forma ejemplar de toda criatura, la Palabra primera en cuya fecundidad hemos sido nosotros convocados, el Hijo del Padre se ha hecho hijo del hombre. El ha venido a darnos vida. Ha tomado sobre sí nuestro pecado, el desastre humano y cósmico, que manchaba y oscurecía la obra suya; se ha hecho pecado por nosotros y en su cruz ha destruido el pecado, la enemistad y la muerte. Entonces el que era vencido, venció en el madero, y de donde salió la muerte, brotó la vida. El es así el Salvador, el Rescatador, el Pacificador. A los hijos de ira, con su Espíritu les hizo hijos de Dios y con ello pacificaba también todo lo que hay en el cosmos. “Por El se ha reconciliado todo, haciendo la paz por la sangre de su cruz, ya lo que hay en la tie-

⁸⁸ Juan, 1, 18.

rra, ya lo que hay en el cielo"⁸⁹. El es verdaderamente el "Salvador del mundo".

El mundo está redimido, porque está redimido su señor. La huella creada y deformada, ha sido definitivamente reformada. La deformación era una "incurvatio", una "conversio ad se", una cerrazón sobre sí mismo. Pero la gracia, que es el efecto de la sangre, rectifica al hombre, le mete en la donación en línea recta del Hijo al Padre, le abre a la comunión de la vida divina y, al abrirse el hombre, las cosas vuelven a encontrar de nuevo el camino libre, pierden su cerrazón y se abren de nuevo, con un vigor nuevo a la gloria de Dios. Ahora, tanto el hombre como el mundo, tienen en su camino de vuelta un paso obligado, Cristo, el Cristo total. Podemos hablar entonces de una nueva huella, de una recreación. El hombre y el mundo han sido configurados por la muerte y resurrección de Cristo, han sido metidos en su misterio. El hombre tendrá que vivir en El, como miembro de su Cuerpo. Y las cosas se convertirán en casa del hombre cristiano, en la casa del *Corpus Christi mysticum*. Ahora continuarán siendo camino, pero lo serán por Cristo a Dios. "Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios"⁹⁰. La reformatión ha sido más admirable que la creación; el mundo redimido es un reflejo mayor de gloria que el mundo creado.

⁸⁹ Col. 1, 20.

⁹⁰ I Cor. 3, 22-23.

Mundo glorificado

Esta transformación radical sólo adquirirá la plenitud de su expresión en la Parusía, cuando el Señor venga por segunda vez. Está ya realizada de una vez para siempre. El mundo no caerá definitivamente fuera de Dios. Pero la huella de la Redención es una "virtud", que ha de invadir la realidad creada. Entre la Pascua primera y la Parusía es el tiempo de la expansión de la *virtus Christi* en las realidades creadas, de su floración, de su desenvolvimiento, de su eclosión. Es el tiempo en que todas las criaturas tienen dolor de parto, esperando la redención de los hijos de Dios. Es que en el presente el hombre, señor del mundo, está en la misma situación. "No solamente ellas, sino también nosotros que tenemos las primicias del espíritu, gemimos también en nosotros mismos esperando la adopción"⁹¹. Ciertamente ya somos hijos, ya tenemos por la gracia, el carácter bautismal y confirmal una conformación de Cristo en nosotros; pero aún nos falta hasta llegar a ser plenamente "conformes con la imagen del Hijo" primogénito⁹². La existencia cristiana está distendida en esperanza; posee, pero la posesión es simiente de una plenitud, que hay que labrar aquí abajo y que se transformará después en gloria. "Ahora somos hijos de Dios, dice S. Juan,

⁹¹ Rom. 8, 23.

⁹² Rom. 8, 28.

aunque no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando El apareciere seremos semejantes a El"⁹³. Esta apocalipsis del Señor y los suyos resucitados y glorificados es la que esperan las criaturas.

Esperar la gloria de la adopción del hombre, es esperar su propia glorificación. Sin embargo en el tiempo presente tanto en el hombre como en el cosmos, hay una exigencia de plenificación. La "virtud de Cristo" es dinámica, tiende a invadir, a desarrollarse. El mundo, sin embargo, es incapaz de hacerlo por cuenta propia. Todo depende de que su representante, su señor, vaya grabando en él, el sello redentivo de Cristo. Por eso la creación gime también, esperando que se engendre en ella plenamente (en la medida de que es capaz) el misterio de Cristo. Sobre ella está un eterno proyecto de ponerse también bajo su dominio. "El misterio de su voluntad que se propuso realizar en la economía de la plenitud de los tiempos, recapitulando todas las cosas en Cristo, las de los cielos y las de la tierra"⁹⁴. La recapitulación es efecto del anonadamiento. El Verbo de Dios, tomó la forma de siervo, cogió nuestra carne y nuestros huesos y se dio hasta el agotamiento, hasta el vaciamiento en la Cruz. Por eso ha adquirido con su sangre el mundo y ha sido exaltado sobre él, para

⁹³ I Juan, 3, 3.

⁹⁴ Ef. 1, 9-10.

que todo lo que hay en la tierra, en el cielo y en los abismos, doble ante El su rodilla y quede configurado e integrado en su misterio⁹⁵.

Cristiano en el mundo

Este mundo que es vestigio de Dios, deformado y más admirablemente reformado; mundo, por otra parte, escindido es el lugar propio del seglar. Se trata de una situación que le es esencial, que determina su puesto y su tarea. El mundo no es algo añadido a la vida del laico, como si fuera un aspecto secundario de su existencia cristiana. Por el contrario, ésta se da y se desarrolla en su situación mundana. La vida de Cristo ha configurado al seglar en su puesto del mundo, pero no le ha sacado de él, como al sacerdote "segregado de entre los hombres", sino que le ha dejado en él. Y de la esencial conexión del seglar con el mundo, surge su tarea eclesial. Es el "cristiano - en - el - mundo", para trabajar en la recapitulación de este en Cristo.

El mundo, como acabamos de ver, es una realidad ambivalente. Por una parte, es reino de Dios, vestigio de su donación, himno de su gloria; por otra, es reino de Satanás, vestigio del pecado, cerrada conversión sobre sí. El cristiano no está situado en una de estas dos realidades, fuera de la otra, porque ambas se dan entrela-

⁹⁵ *Filp.* 1, 17-8.

zadas, como la cizaña y el trigo, hasta el tiempo de la siega⁹⁶. De ahí la tensión de la vida del cristiano seglar. Está en el mundo, sin ser del mundo. Era una paradoja intensamente sentida en los primeros siglos de la Iglesia. "Los cristianos, en efecto, dice el discurso a Diogneto, no se distinguen de los demás hombres, ni por su tierra ni por su habla, ni por sus costumbres... Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros. Toda tierra extraña es para ellos patria y toda patria tierra extraña"⁹⁷. Ellos afirman el mundo, donde ven la obra de Dios y la niegan, donde ven la del pecado. Pero no se pueden conformar con ésto. Ellos luchan porque la huella de Cristo que se grabó en ambos mundos, les invada y penetre en ellos. Después, precisaremos más esta tarea. Por ahora basta constatar, que la existencia del seglar cristiano es un campo de batalla. El mundo es para el, lugar de su plenitud y de su tentación. Con un brazo se defiende y con otro hace la Iglesia y recapitula el mundo escindido, imprimiéndole la imagen de Cristo. En el cosmos creado, escindido y redimido, está el puesto esencial del seglar. La existencia cristiana le va a obligar a echar raíces en las realidades mundanas, políticas, sociales, culturales, artísticas, económicas,

⁹⁶ Mat. 13, 24 ss.

⁹⁷ A Diogneto, 5, 1, 5.

hasta que toda la masa sea fermentada y las tinieblas iluminadas. Sólo así el seglar se mantiene en su puesto esperando que Dios, en la Parusía, sea todo en todos.

IV. EDIFICANDO EL CUERPO DE CRISTO

El padre fundó en los años 40's un grupo de jóvenes que se reunían cada semana para estudiar y discutir la Palabra de Dios. Este grupo se convirtió en una escuela bíblica y fue el primer paso en la fundación de la Iglesia. El padre enseñó a los jóvenes que el cuerpo de Cristo es el templo de Dios y que cada uno de nosotros somos piedras vivas que forman parte de este templo. El padre enseñó a los jóvenes que el cuerpo de Cristo es el templo de Dios y que cada uno de nosotros somos piedras vivas que forman parte de este templo.

El Cuerpo de Cristo

El cuerpo de Cristo es el templo de Dios. Cada uno de nosotros somos piedras vivas que forman parte de este templo. El cuerpo de Cristo es el templo de Dios y cada uno de nosotros somos piedras vivas que forman parte de este templo. El cuerpo de Cristo es el templo de Dios y cada uno de nosotros somos piedras vivas que forman parte de este templo.

El seglar cristiano es un hombre en Cristo, con su misma vida y empresa de mediación redentora en medio del mundo. Esta es la realidad esencial que nos ha descubierto en él la visión de la fe, luz de Dios. Nos hemos adentrado, primero en las entrañas de su ser y ahora es el momento de reflexionar sobre sus empresas. Fundamentalmente son dos: la edificación del Cuerpo de Cristo y la recapitulación, en El de las realidades terrenas.

Vivencia de Cristo

Cristo es la vida del cristiano. Este misterio realiza en el hombre un descentramiento radical. Su ser y su vida no pueden centrarse en él. Está metido, incorporado, atado al misterio de Cristo, llevando en la dinámica misma de su vida al Padre y a los hombres. "Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios". Seguramente el hecho central del cristiano es que puede amar, entre-

garse y glorificar al Padre, desde, Cristo, en el Espíritu Santo. Siendo hijos los dos, nosotros, en El, reproducimos su entrega filial al Padre. Desde el momento primero de su encarnación vivió para El todos los acontecimientos de su vida y especialmente el que los resume todos: su muerte y su resurrección. Entonces amó, se entregó y glorificó al Padre hasta el extremo, constituyéndose así en fuente de nuestra vida filial. Por lo cual la vida cristiana está centrada en la Misa, donde se presencializa aquel acontecimiento y nosotros somos metidos en el. La restante actividad de nuestro día debe ser una prolongación de la Misa, pues trabajamos y descansamos, sufrimos y nos alegramos, comemos y nos damos a los demás como lo hacía el Señor. Todo para cumplir con amor la voluntad del Padre y ser obediencia, entrega y alabanza de gloria. Así la vida de piedad es "pietas", sentido y conciencia filiales, pues al ser - en - Cristo somos hijos del Padre y vivimos para El.

Con esta profundidad y autenticidad hemos de vivir nuestra vida cristiana. No podemos conformarnos con una superficialidad impropia de hombres dedicados a la verdad. Como en el orden intelectual, se nos exige en el sobrenatural una vida de "maiores"⁹⁸. Ello nos obliga en pri-

⁹⁸ Pío XII a los Universitarios italianos, 6-I-46 en *Pío XII y los Uni-*

versitarios, Madrid. 1954, p. 95.

mer lugar a una "posesión personal consciente" de la fe⁹⁹. La fe, se ha comunicado, para que entremos con un conocimiento sobrenatural en su misteriosa intimidad. Es oscura y luminosa al mismo tiempo. Es sabiduría en misterio. Nosotros somos conscientes de que no podemos alcanzar por completo la profundidad de éste, pero podemos penetrarle. Los profesionales de la inteligencia deben buscar también la "intelligentia fidei", la fe ilustrada, luminosa, que nos hace mas cercano el misterio y nos permite vivirle en mayor profundidad. De esta manera desaparecerán muchas crisis de fe nacidas del desequilibrio entre nuestra formación profesional y teológica. Veremos entonces que estas dos luces hermanas, la de la razón y la de la fe, se abrazan fecundamente para adentrarnos en la intimidad de Dios. Existe, por tanto, una conveniencia, casi diríamos una necesidad, de estudiar teología. Ciertamente existen no pocas dificultades, que provienen de las urgentes exigencias de la preparación profesional e incluso del estilo mismo, con que se presenta en los manuales en uso la reflexión teológica. Pero hemos de sobreponernos a ellas, porque nuestra vida personal y el ejercicio de la profesión nos exigen una sólida formación religiosa.

La fe nos introduce y nos descubre el mis-

⁹⁹ *Univers. ital.* 15-VI-52, I. c. pág. 16.

terio de Cristo y la caridad, es "la virtud que más estrechamente que otra virtud nos une" a El¹⁰⁰. La vinculación a la vid exige la permanencia en el amor. "Permaneced en mi amor. Si guardáreis mis preceptos permaneceréis en mi amor. Mi precepto es que os améis". Por el amor poseemos a Cristo, comulgamos y entramos en la dinámica de su vida. Ella, como hemos insistido, nos lanza al Padre y a los otros hermanos. Las fuentes donde se alimenta esta caridad unitiva y cristoconformante son los sacramentos y la oración. Especialmente la Eucaristía encierra fuerza poderosa de transformación. La comunión del cuerpo y de la sangre del Señor es comunión en su muerte y resurrección, que es la entraña de la vida cristiana. Por El vamos muriendo a la cerrazón de nuestro pecado y nos abrimos a la vida de resurrección en la intimidad de Dios. Y al propio tiempo el único Pan nos ata al único Cuerpo. La Eucaristía es el corazón de la Iglesia y el que se une a ella, se estrecha con todos los hombres en los que late este único corazón. Es el signo de la unidad y la fuente de la caridad. Esta se enciende también en la oración, diálogo íntimo con nuestro Padre. Unas veces será a lo largo del trabajo, cuando "levantemos los ojos al cielo", como hacía el Señor mientras predicaba, trabajaba y convivía con los hombres; otras

¹⁰⁰ *Myst. Corp. Christi*, n. 33, 1, c. 725.

serán los ratos, en que, cerrada la puerta, estemos a solas con nuestro Padre, contándole nuestras debilidades y nuestros triunfos, bebiendo la luz de sus criterios y pidiéndole fuerza para continuar en la lucha. Son los momentos de intimidad, como los que tenía el Señor, cuando buscaba la soledad o se retiraba al monte para hablar con su Padre. "Sed hombres de oración, decía Pío XII a los universitarios italianos, de una oración diaria, personal y fervorosa. Acercaros a las fuentes de la gracia, a los Sacramentos, sobre todo a la Santa Eucaristía, recibida con frecuencia"¹⁰¹.

La vida cristiana, en estrecha unión con Dios, arraigada en la fe, alentada por la caridad, alimentada en la oración y los sacramentos, tiene necesariamente un despliegue eclesial. En un doble sentido. En primer lugar la santidad personal eleva y santifica la Iglesia. Tan grande es la unión que hay en el Israel de Dios, en el Templo Santo, en la Esposa de Cristo, en su Cuerpo. La comunicación entre todos los miembros hace que la vida, la alegría, el amor y el dolor se difundan de unos miembros a otros, que sean una propiedad comunitaria. "Misterio verdaderamente tremendo, y que jamás se meditará bastante, el que la salvación de muchos dependa de las oraciones y voluntarias mortificaciones de

¹⁰¹ Discurso del 15-VI-1952, l. c. p. 17.

los miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo"¹⁰². El que está unido con la piedra angular, con la cepa, ése da mucho fruto. Sin El no podemos hacer nada¹⁰³. Con El podemos obtener para muchos hombres gracias de salud. En segundo lugar, la vida cristiana profunda y auténtica, es la necesaria preparación de la obra apostólica, a la cual estamos llamados, como bautizados y confirmados. Edificar el Cuerpo de Cristo es darle a los hombres y no se les puede dar, si no se le posee, si uno interiormente no está compenetrado con El. De este modo la vida cristiana nos aboca al apostolado.

Testimonio del ejemplo

Veíamos como el carácter bautismal y confirmal configuran al cristiano con la mediación de Cristo y como ésta se articula en la caridad. El amor al Padre nos lanza a amar a los otros hombres, sus hijos, nuestros hermanos. Ahora bien, este amor a los otros en Cristo tiene importantes exigencias. La medida es que les amemos como El les amó, dándose a ellos. Sería, pues, poco si nosotros sólo les diéramos nuestras cosas o incluso a nosotros mismos. No habríamos llenado el mandamiento nuevo. Lo que calma el precepto es el gran don, cuando damos a Cristo a los demás. Se beneficiarán más si les damos la

¹⁰² *Myst. Corp. Christi*. n. 19, 1. c. p. 715.

¹⁰³ *Juan*, 15, 5.

Vida, que si les damos nuestras vidas. El apostolado se convierte así en la forma más fina de la caridad.

Pero, ¿cómo podemos dar nosotros a Cristo? ¿No es una posesión personal e intrasferible? Ciertamente no. Cristo en nosotros está exigiendo un desbordamiento a los otros hombres, para vivir en ellos. "Para presentarlos a todos perfectos en Cristo... me fatigo luchando con la energía de su fuerza que obra poderosamente en mí"¹⁰⁴. Esta donación de Cristo por el cristiano, para que Cristo se forme o se perfeccione en los otros es la esencia del apostolado. Los modos del desbordamiento son el ejemplo, la acción y la palabra.

El ejemplo es el gesto exterior, que refleja la unión interior con el Señor. En la última cena pedía al Padre que fuéramos uno con El, para que el mundo conociera su misión¹⁰⁵. Es condición necesaria. El mundo no se dará cuenta de que el Señor ha venido, hasta que no encuentre verdaderos testigos suyos. Hombres que sean "penetrante olor de Cristo", mientras trabajan o conviven, mientras sufren o se alegran. "Que seáis el modelo - "typos" - para todos los que creen en Macedonia y en Acaya", decía S. Pablo a los tesalonicenses¹⁰⁶. Unos testigos en los que

¹⁰⁴ Col. 1, 28-9.

¹⁰⁶ I. Tes. 1, 6.

¹⁰⁵ Juan, 17, 23.

esté tan grabada la figura de Cristo en su persona y en todas las manifestaciones de su vida, que los demás hombres, al verles, encuentren en ellos un reflejo de la figura del hombre perfecto.

Concretemos esta ejemplaridad en nuestra tarea universitaria. La vida de Cristo penetra al hombre de carne y hueso con todas las actividades espirituales y materiales, temporales y eternas. En la economía de la Encarnación no será un cristianismo auténtico el que no alcance las esferas social, profesional, económica y cultural. Por eso el ser hombres - en - Cristo nos obliga a mucho en nuestra vida universitaria. En primer lugar nos exige un esfuerzo serio y constante en la formación profesional. "Estudiad, esforzaos en haceros los mejores; los mejores estudiantes, los mejores juristas, literatos, médicos, ingenieros... investigadores de la materia y del espíritu, de la verdad y del bien individual y social. Esto exige la gloria y el nombre del Maestro a quien servís¹⁰⁷. En segundo lugar, nos obliga a vivir la vida universitaria con todo lo que tiene de grande. Convivir amistosamente con todos, participar interesadamente en todas las inquietudes. Esta actitud abierta, sincera, profunda, que reconoce y acepta el valor donde le hay, sin distinción de colores; que está dispuesta en todo momento al diálogo; que no se cierra en capillismos

¹⁰⁷ Pfo XII. Univ. Ital.
20-IV-41. 1. c. 100.

con autosuficiencia y desprecio, sino que sabe en fecunda intercomunicación luchar por la verdad. "Todas las cosas que se han dicho bien entre todos, son nuestras, de los cristianos", decía Justino, el primer filósofo cristiano¹⁰⁸. Y S. Agustín hace eco a estas palabras: "Todo el que es un cristiano bueno y verdadero, entiende que la verdad es de su Señor, en cualquier parte en que se encontrare"¹⁰⁹. Esta actitud de apertura, interés y comprensión es uno de los reflejos más auténticos de la vida de Cristo en lo temporal. Ella hará atractiva y simpática la fe que la engendra. Con ella habremos dado uno de los mejores testimonios del Señor.

Testimonio de la acción

La vida interior se refleja en el gesto ejemplar. Pero la existencia cristiana es esencialmente comunicativa y no puede quedarse aquí. "Donantes vobismetipsis", "dándoos unos a otros", dice S. Pablo¹¹⁰. El cristiano es miembro del cuerpo eclesial y descubre en todos los hombres miembros suyos. La inserción radical en la comunidad, estructura incluso todos sus dones naturales y sobrenaturales. El individualismo, el egoísmo son opuestos a la esencia del cristiano porque todas sus gracias, al derramarse sobre él,

¹⁰⁸ II Apol. 10.

18, 28, PL. 34, 49.

¹⁰⁹ *De Doct. Christ.* II,

¹¹⁰

están clamando por la comunicación a los otros, de modo que es administrador para los demás, deudor de ellos. "Tened entre vosotros caridad. Cada uno administre la gracia como la recibió, como buenos dispensadores de la multiforme gracia de Dios"¹¹¹. Estamos recogiendo ahora las consecuencias necesarias de las reflexiones sobre el Cristo total, que hacíamos al principio. De la radical existencia comunitaria, nace la exigencia de la comunicación. El cristiano sólo puede realizarse cuando se da. Al salir de sí y dar a los otros sus propias cosas e incluso a sí mismo, se recupera en la verdadera plenitud. El que pierde la vida, la gana; el que sirve, reina; el que da, recibe; el que se agota, se enriquece. Son las paradojas, que encierra el "precepto nuevo", impuesto para alcanzar el "vínculo de perfección".

A esta necesidad de donación, viene a unirse en nuestra vida universitaria el hecho de que somos profesionales de la verdad. También aquí la vida de Cristo se proyecta en lo temporal. Nuestra vocación nos exige el hacer a los demás el servicio de la verdad. Somos administradores de este gran don de Dios, deudores de los que esperan recibirle de nosotros. De ahí la delicada conciencia del universitario cristiano en su magisterio. Sus lecciones deben estar preparadas

¹¹¹ *I Pet.* 10, 11.

con profundidad y con el mejor esmero; elaboradas, pensando siempre en los que han de escucharlas; buscando la eficacia, la claridad, la facilidad; orientándolas también a la preparación profesional de mañana. Y las horas de estudio, que nos ocupe esta tarea, tendrán un carácter casi sagrado, porque serán diálogo con la verdad, pensando en los otros; serán horas eminentemente cristianas, porque estaremos rastreando reflejos de la Verdad, primera e increada.

El profesor universitario cristiano está en su magisterio edificando el cuerpo de Cristo, porque aquél es una manifestación más de su donación cristiana. El no enseña a una masa de hombres anónimos, sino a un grupo de personas, que esperan de él no sólo la información científica, sino también la formación humana. Por ello tendrá que buscar ocasiones propicias para un contacto más directo. En unos casos será el trabajo de seminario, donde se pueden aprender, métodos científicos, actitudes intelectuales y humanas. En otros, el diálogo personal, porque los hombres que tratamos son personas, y en algunas ocasiones sus problemas universitarios no encajan ni siquiera en la atmósfera familiar de los seminarios. Ciertamente esta acción comprometerá nuestro tiempo, los trabajos científicos propios, e incluso a nosotros mismos, pero un universitario cristiano no tiene derecho a huir

de esta responsabilidad de entrega total, que le exige su propia condición. Sería una traición a nuestro mismo ser y al Cuerpo de Cristo del que somos miembros. Por el contrario una vida así entregada, será el mejor argumento de que el Señor ha venido y vive en nosotros y por nosotros se da y busca a los demás. Entonces no se nos podrá reprochar que “decimos y no hacemos”¹¹², porque nos habremos dado, con todas nuestras fuerzas, al servicio de los demás en las tareas universitarias.

Testimonio de la palabra

A la vida, el gesto, la donación, tiene que unirse por fin la palabra. Nuestra misión no es una actividad profética, como la del sacerdote. Nosotros no tenemos el “ministerium verbi”; sin embargo, por ser simplemente hombres cristianos, nos vemos obligados también al testimonio de la palabra. “Que la palabra de Cristo habite en vosotros con abundancia”, recomendaba S. Pablo a los Colosenses¹¹³. La palabra viene a ser el complemento, la última perfección del testimonio. Después de vivir y darse, sólo resta hablar. La palabra viene a ser así el elemento formal que configura todo el testimonio. Con ella expresamos por qué vivimos y obramos así, con lo cual se descubrirá la última raíz de nues-

¹¹² Mat. 23, 3.

¹¹³ Col. 3, 16.

tra actitud vital. La dificultad está en precisar los momentos y las formas en que se nos exige la palabra de Cristo, en nuestro quehacer universitario.

El hombre cristiano tiene para penetrar en la verdad de las cosas una doble luz. Hay cuestiones que, consideradas en ellas, parecen presentar aspectos difícilmente concordables o incluso contrapuestos. Sin embargo, se trata de una apariencia sin fundamento, porque ambas luces tienen un mismo origen y están destinadas a compenetrarse mutuamente. El profesor universitario cristiano debe, en el momento oportuno y de manera conveniente, resaltar el acuerdo entre el mensaje de la fe y los resultados de la investigación. El trabajo universitario es búsqueda de la verdad en común, y el tener presente el aspecto de las cosas a la luz de Dios, no sólo no perjudica la marcha de la reflexión racional, sino que la ilumina y enaltece. La tarea del saber debe estar abierta a la verdad entera, y en el reconocimiento de la propia limitación, se debe escuchar el testimonio de verdades más altas.

Además, la convivencia con otros compañeros, que no sienten con nosotros, hará surgir múltiples ocasiones y obligaciones de dar la palabra cristiana. No se trata de condenaciones inquisitoriales, ni de disputas fanáticas. Es el

diálogo sereno, bien arraigado en la fe, abierto y comprensivo en la caridad. Con él podrá culminarse el testimonio de la vida personal, al descubrir a los otros los motivos de nuestra actitud vital; podrán ir desapareciendo los prejuicios, nacidos del desconocimiento del misterio cristiano; podrá ir creándose simpatía por el centro y la sustancia de nuestro mensaje, la persona y la obra de Jesús. Por otra parte, el diálogo tendrá que manifestar cómo la luz del Señor ha iluminado las realidades terrenas, cómo poseemos "su pensamiento" sobre la persona, la vida y la sociedad. Este es el modo típicamente seglar del anuncio de Jesús: predicarle proyectado en las realidades terrenas; o mejor aún, predicar éstas iluminadas y entendidas desde El, aunque no siempre sea necesario o conveniente invocar su nombre.

Por fin, la ejemplaridad profesional y el contacto personal acercarán a nosotros a los estudiantes, que siguen nuestras enseñanzas. La experiencia enseña que muchas veces vendrán a buscar en nosotros, no solamente la orientación científica, sino también el consejo personal. El hombre, y mucho más el joven, vive sus problemas en estrecha conexión. La ocupación intelectual y el tono de vida personal, se acompañan de cerca, y a veces nos encontraremos con una confianza, con un desahogo personal, con la petición de un consejo. Se nos presenta otra

ocasión del testimonio de la palabra. Una vez más tomaremos conciencia de que el magisterio universitario no enseña a inteligencias, sino a hombres concretos. Y sería faltar a un deber elemental humano y cristiano, si no correspondiéramos a esta confianza con nuestra ayuda. Así, en medio de la convivencia universitaria, iremos edificando el Cuerpo de Cristo.

Completando lo que falta

Con las reflexiones precedentes, hemos alcanzado las consecuencias apostólicas de nuestro "ser-en-Cristo", de ser-Iglesia. S. Pablo llamaba a ésta el "pleroma", la plenitud de Cristo. Plenitud porque en ella se recoge el desbordamiento de la humanidad de Cristo, llena de gracia y de verdad. Plenitud, también, como lo es el cuerpo del alma, en cuanto que ésta, si no contara con aquél, no podría realizar muchas de sus virtualidades. En este sentido el cuerpo completa y prolonga el alma. Nosotros, como Cuerpo eclesial, prolongamos y completamos al Señor. El vive en nosotros por la acción misteriosa de la gracia. Al incorporarnos a El, hemos sido metidos, como veíamos, en su movimiento vital al Padre y a los hombres. Resulta, entonces, que nuestra palabra, pensamientos, acciones, trabajos, incluso nuestra propia persona, vienen a constituir como una "humanidad su-

plementaria"¹¹⁵ donde El quiere realizar su misterio. Es la impresionante realidad de que Cristo, el Señor, tiene necesidad de nosotros. "Suplico en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia"¹¹⁶. El tiene una menesterosidad, llena de misterio, que quiere completarse en nuestra vida. Su cuerpo camina a la edad del varón perfecto y todos los cristianos estamos comprometidos en su edificación. La palabra de Cristo tiene derecho a resonar en la mía; su amor a alentarse en el mío; su entrega a prolongarse en la mía; su persona a reflejarse y difundirse en la mía. No podemos renunciar a esta exigencia, porque otros tienen derecho a Cristo en nosotros, a encontrarle en nuestro propio encuentro. "Haced, queridos hijos, que por vuestro medio, Jesús Maestro y Salvador, penetre en todas partes, donde tiene derecho a entrar, donde haya almas, que, aunque no piensen en ello, esperan y anhelan el encuentro con El... Querríamos que ninguno hablase con vosotros, tratase con vosotros, trabajase con vosotros, sin recibir un rayo de luz cristiana en su alma"¹¹⁷.

¹¹⁵ Isabel de la Trinidad. *Obras completas*, Madrid. 1958, p. 255.

¹¹⁶ Col. 1, 24.

¹¹⁷ Pío XII a los jóvenes de A. C. 4-XI-53.

Cristo es el primogénito de toda criatura y es también la cabeza de la Iglesia. El cosmos y el Cuerpo eclesial parten de El y vuelven a El. Pero no sólo es el paradigma de la obra creadora y la fuente de la gracia redentora, sino también el camino por el que la Iglesia y el mundo vuelven a Dios. Decíamos que la etapa actual de la historia de la salud, que precede a la Parusía, tiene como tarea la expansión de la "virtus Christi" a todos los hombres y a todas las realidades terrenas. Ambas son realizaciones estrechamente unidas. La Iglesia tiene que irse edificando en un mundo que se va recapitulando. Sólo así la Jerusalén celestial del último día, podrá ser acogida en "los nuevos cielos y la nueva tierra" (Is. 66, 22). Al final Dios será todo en todos. Pero hasta entonces Cristo está acabando su obra, mejor aún difundiendo la obra que de una vez para siempre consumó en su vida, muerte y resurrección. El cristiano por

su incorporación a El y por su incardinación en el mundo, se ve comprometido en la misma empresa. Incluso tratándose de la recapitulación de las realidades terrenas en Cristo, hay que hablar de un compromiso y tarea específicos, propios del seglar. “La “consecratio mundi” es, en lo esencial, obra de los seglares mismos, de hombres que se hallan mezclados íntimamente con la vida económica y social, que forman parte del gobierno y las asambleas legislativas”¹¹⁸.

Las palabras de S. Pablo, “anakephalaiósthai ta pánta”¹¹⁹ son ciertamente misteriosas. Aluden a volver a poner todas las cosas bajo la realidad principal, “Kephálaion”, resumiéndolas en ella¹²⁰ y sugieren también el volver a subordinarlas bajo una cabeza, “kephalé”, recapitulándolas en ella¹²¹. En todas las realidades del mundo está la huella del Verbo, porque todo fue creado por El y para El. Con la Encarnación la Imagen de las criaturas ha bajado a su casa, a ocupar el primer puesto. Y ahora, presidiéndolas, encabezándolas, resumiéndolas, devolverá al Padre su Reino, como una gran hostia de alabanza y de gloria. Vista en esta perspectiva la recapitulación a la que se ve obligado el cristiano tiene dos momentos, dos formas estrechamente enlazadas entre sí.

¹¹⁸ Pío XII al II Cong. apost. seglar. 5-X-57. *Ec-clesia*, 1957, 22, p. 1187.

¹¹⁹ Ef. 1, 10.

¹²⁰ Cf. *Rom.* 13, 9.

¹²¹ Cf. *Ef.* 1, 23.

La plenificación de la huella interior de las cosas

En primer lugar los universitarios, como profesionales de la verdad, buscan penetrar, conocer la entraña de las cosas; descubren su verdad. Pero todas las realidades de la materia y del espíritu tienen en sí ya la huella del Verbo. Con el hecho de ser y obrar son ya himno de gloria. El estudio, la investigación, el dominio de las cosas, hacen que se descubra en ellas más este vestigio, que se haga más transparente. El dominio del hombre, al cual está entregado el mundo, como ya tuvimos ocasión de ver, es un dominio plenificador, como lo es el de Dios, del cual procede. El trabajo de cualquier tipo y con más razón el espiritual es una obra de colaboración en los planes creadores divinos. Es un cierto acabamiento de la creación. Cuando el hombre elabora las cosas, las utiliza, las conoce, entonces lo que era diseño se perfila más según del Verbo, hay una configuración más colmada. La veracidad de las cosas, en cuanto adecuación con la Verdad y la Palabra de Dios, se hace más intensa, más rebosante. Resulta, pues, que nuestras investigaciones en el campo del saber son ya obra de recapitulación. Indudablemente una obra artística, un ensayo filosófico, una teoría jurídica, un estudio económico, que penetre en las cosas y las perfecciones, su-

pone un aumento de la glorificación objetiva de Dios, un paso más en el acercamiento de retorno a El, con un impulso nuevo y más poderoso.

La recapitulación, como humanización

En segundo lugar, veíamos que el destino de las cosas está unido estrechamente al del hombre, que éste es el camino obligado de aquéllas en su respuesta a Dios. Según esto, la recapitulación de las cosas no consistirá única, ni principalmente en el acabamiento de su vestigio interior, sino en la disposición de éste al servicio del hombre. En las criaturas corporales hay una tendencia a espiritualizarse, a acercarse cada vez más al hombre, espíritu encarnado¹²². Sencillamente porque representa para ellas el colmo de su perfección, la "perfectio universitatis"¹²³. Esta referencia al hombre es esencialmente un servicio. Las cosas son escala que ayudan a la ascensión divina del hombre. Dentro de los planes de Dios es ésta su misión más grande y más auténtica. Al hacernos cargo de ello, penetramos más en este segundo aspecto de la recapitulación.

Las estructuras políticas, sociales, culturales, económicas, deben ser configuradas por el hombre, de tal manera que reluzca en ellas su pro-

¹²² Sto. Tomás II *Sent.*
d. 1, q. 2, a. 3.

¹²³ S. Buenaventura.
Brevil. II, 11, 12.

pia verdad. En este caso tendríamos una recapitulación incipiente, una glorificación todavía balbuciente. Es preciso ponerlas al servicio del hombre y cuando éste sea su origen y su meta, cuando hagan al hombre más humano y faciliten la intercomunicación con los demás y su acceso a la Trascendencia, entonces el himno de gloria será más pleno. Pero quedarse aquí es aún insuficiente. Todas las cosas son del hombre, el hombre es de Cristo y Cristo de Dios. Las cosas han de ser, entonces, no sólo humanizadas, sino también cristianizadas. Es decir, han de servir a su señor, no sólo para que se realice en todas sus posibilidades humanas, sino para que se abra a la revelación de Dios en su Hijo Jesucristo.

En nuestro caso, la universidad, con su vida e instituciones es el campo a realizar principalmente esta misión. Podremos también actuar en las estructuras sociales, políticas, culturales y económicas, pero serán sobre todo las universitarias las que requieran nuestras mejores energías. También ellas tienen que ser recapituladas en Cristo, por obra de los cristianos que viven en sus aulas y trabajan en sus actividades. Es verdad que lo principal será edificar en sus hombres el cuerpo de Cristo, pero ésto no es suficiente. El cumplimiento eficaz de esta misión exigirá la transformación de las mismas estructuras universitarias. Aquí habrá de darse la

iniciativa de recapitulación de los cristianos. La universidad, para conseguirla, ha de estar centrada en el estudiante, en su información científica, en su formación humana, en la preparación de su porvenir profesional. Si todos los organismos y las estructuras se centran en el hombre universitario, para su mejor realización, entonces ha comenzado verdaderamente la recapitulación cristiana. Hasta entonces no podremos llamar a nuestras universidades cristianas en verdad.

Importa subrayar aquí, que nuestra Fundación universitaria, se encuadra en esta dimensión. Nació con un afán de humanismo cristiano, con el propósito de resolver el aparente conflicto entre fe y vida dentro y fuera del individuo. "El creyente —se lee en las palabras de Pío XII, que constituyen el programa de la Fundación— aunque se encuentre en la posesión feliz de todos los elementos aptos a dominar esta contradicción en su interior, no podría, ni debería eximirse de contribuir a resolverla exteriormente". Podemos decir que su obra es de recapitulación en Cristo. Al buscar hacer las estructuras más humanas, para que el hombre lo sea también, las acercaremos al influjo de Cristo y de la Iglesia y serán recapituladas. El fin último de la Fundación es "influir con hombres de profundo espíritu cristiano y sólida formación científica en la vida nacional, ofreciendo así

la más valiosa de las aportaciones sociales con dirigentes íntegros al servicio de la Iglesia y de la Sociedad Civil"¹²⁴.

La recapitulación como cristificación

Todo es vuestro y vosotros de Cristo. El retorno a Dios de las estructuras universitarias, su consagración ha de hacerse a través de Cristo. No basta humanizar la universidad, hay que cristianizarla. Si sólo se centrara en el hombre, cabría la posibilidad de que no retornara de lleno a Dios. Puede el hombre convertirse en meta y cerrar las realidades universitarias en una inmanencia o abrirlas a una trascendencia falsa o parcial. En cambio el perfecto desarrollo, la realización consumada de su misión se dará cuando lleven al hombre a Dios y así le alcancen también ellas; cuando esté grabado en ellas el sello de Cristo. El, "por quien todo ha sido creado, el Dueño del mundo, sigue siendo también Dueño del mundo actual, pues también éste está llamado a ser un mundo cristiano. A Vosotros toca grabarle la huella de Cristo"¹²⁵.

La recapitulación cristiana hace referencia al Cristo total, a la Cabeza y al Cuerpo de la Igle-

¹²⁴ *Estatutos, de la Fundación benéfico-do-
cente José Luis de Oriol-
Catalina de Urquijo. Ma-*

drid. 1957, p. 7.

¹²⁵ Pío XII al II cong.
apost. seglar. l. c. 1190.

sia. La "virtus Christi" se halla en el tabernáculo de Dios entre los hombres. Desde este templo debe irradiar la acción redentiva a los hombres, al cosmos, en concreto a la universidad. No hay dos fuentes de salud: una en la Iglesia para los hombres y otra en el mundo para las realidades que éste abarca. Sólo hay una, la Eucaristía y la Palabra eclesiales de las que brota para todo ser la vida y la luz de Cristo. Desde ellas el mundo ha de ser transformado; hacia ellas y por ellas ha de ser recapitulado.

Al hablar de la cristianización de la vida universitaria hablábamos primero de su humanización, que ha de ser asumida y completada después por la orientación a Cristo. Se trata de que al acoger al hombre universitario para su perfeccionamiento lo haga teniendo en cuenta que acoge y ayuda a un "hijo de Dios" o a un hombre llamado a serlo. Esta especial orientación se ha de realizar en un doble sentido, descendente y ascendente. Los cristianos que en ella trabajen tendrán que esforzarse por reflejar en los organismos, las relaciones, las enseñanzas y el ambiente universitario las enseñanzas de la Iglesia. Por otra parte, preparando aquéllas, mediante una interna transformación, para que sean capaces de recibir y asimilar este influjo. Proyectando la Palabra eclesial de Cristo en la Universidad y renovando ésta para que escuche aquélla y viva conforme a élla. En esta tarea no falsearemos la

misión de la universidad, no la clericalizaremos, sino que la perfeccionaremos, en cuanto que la haremos capaz de llevar en su seno a hombres con dignidad de hijos de Dios. Por fin la vida universitaria podría realizar el gran acto de recapitulación, cuando, penetrada de este espíritu, viviera una celebración eucarística. Si la Universidad, en cuanto comunidad de profesores y estudiantes, ofrece alguna vez comunitariamente el Sacrificio de la Misa, se actualiza la recapitulación, pues el trabajo intelectual, la convivencia, la organización, los hombres realizarían la entrega a Dios, por Cristo.

Por esto tenemos que luchar: por una vida universitaria que se centre en la persona y que tenga en cuenta su llamada y destino sobrenaturales; por una vida intelectual auténtica que se abra al misterio; por una convivencia universitaria que llegue a cimentarse en la caridad; por un esfuerzo de preparación profesional sólida, alentado por la esperanza cristiana. Entonces la universidad se centrará en el universitario; le ayudará a ser más humano y más cristiano; y de este modo será recapitulada en Jesucristo para formar parte de los nuevos cielos y la nueva tierra que abrazarán a su Cuerpo místico glorificado.